

La crítica de la ciencia moderna en la obra de P. Feyerabend y M. Berman¹

Abstract. *This paper is a defense of those authors who, during the last thirty years, have rebelled against the excesses committed in the name of modern science and rationalist idolatry. To accomplish this, our grounds are texts by Paul Feyerabend and Morris Berman, authors who denounced that the inhuman and self-destructive character of modern societies is a direct consequence of their excessive cult of reason and science.*

Key words: relativism, modern science, cult of reason, Feyerabend, Berman.

Resumen. *Esta ponencia es una defensa de aquellos autores que, durante los últimos treinta años, se han alzado en contra de los excesos cometidos en nombre de la ciencia moderna y la idolatría racionalista. Para esto, nos basamos en textos de Paul Feyerabend y Morris Berman, autores que denuncian cómo el carácter inhumano y autodestructivo de las sociedades modernas es una consecuencia directa de su desmedido culto a la razón y la ciencia.*

Palabras clave: relativismo, ciencia moderna, culto de la razón, Feyerabend, Berman.

Introducción

Los impresionantes avances alcanzados por la ciencia y la tecnología durante los últimos decenios, especialmente en el campo de las telecomunicaciones y la oferta de bienes y servicios,

son innegables. Es notorio que, sólo doscientos años atrás, los seres humanos ni siquiera soñaban con alcanzar los índices de productividad y de eficiencia actuales de una sola de las grandes empresas transnacionales. Ningún europeo contemporáneo de Kant y Goethe podía imaginarse la casi infinita diversidad de bienes y servicios a los que hoy fácilmente puede acceder cualquiera de sus coterráneos actuales.

Sin embargo, al mismo tiempo, nunca como hoy parece tan claro que el rumbo tomado por las sociedades occidentales modernas nos está conduciendo vertiginosamente a un callejón sin salida, e incluso a la autodestrucción. Es evidente que algo “anda mal” en Occidente: la abismal brecha existente entre ricos y pobres que cada día se profundiza más y más, el ya evidente desastre ecológico, el creciente avance del autoritarismo en el poder, el consumismo desenfrenado de masas, la profundización de la alienación —que se expresa en la frivolidad del pensamiento y la progresiva banalización de la existencia—, son sólo algunos de los graves síntomas que muestran claramente que estamos ante una crisis que, a no muy largo plazo, pone en riesgo la supervivencia misma de la especie humana.

Ahora bien, ¿son estas características de las sociedades modernas incompatibles entre sí, o, por el contrario, responden a una misma lógica?, es decir, ¿son las dos caras de una misma moneda? Esta ponencia intenta mostrar la postura de aquellos pensadores que se inclinan por la segunda opción.

No es fácil criticar hoy en día los excesos cometidos y justificados por el progreso de la ciencia y la tecnología durante los últimos

quinientos años sin ser tachado y descalificado –tanto desde la derecha positivista al estilo de Bunge, como desde la izquierda más científicista al estilo de Althusser– como “irracionalista”, “reaccionario” o “conservador”.

A pesar de esto, en los últimos treinta años un pequeño grupo de pensadores se ha atrevido a denunciar la nueva idolatría que dirige hoy los destinos de la Humanidad y a desenmascarar el rostro oscuro de Occidente. En esta ponencia escogimos a dos de ellos por ser de los más representativos de esta corriente: Paul Feyerabend y Morris Berman.

El primero de ellos, el *enfant terrible* de los filósofos del siglo XX, se dedicó durante gran parte de su vida académica a denunciar lo que él consideraba la impostura del lenguaje de los científicos y sus exageradas pretensiones de ser los “guardianes de la verdad”. El segundo, como historiador de la ciencia, advierte sobre el abismo hacia el que se dirigen las sociedades occidentales, al crear una brecha cada vez mayor entre el Sí Mismo y el Otro y, para entender este proceso, rastrea los oscuros orígenes de lo que hoy llamamos la ciencia moderna, lo que él llama “la historia oculta de Occidente”. A continuación describiremos cuáles son las ideas principales de estos autores.²

Feyerabend: la impostura del lenguaje científico

Paul Feyerabend, atacado por muchos, y reconocido por pocos, tuvo el dudoso “honor” de ser declarado en 1987 por la revista *Nature* como “el peor enemigo de la ciencia”. ¿Por qué la comunidad científica se ensañó de tal forma con este estudioso de la ciencia? Tal vez porque Feyerabend cometió el “terrible pecado” de criticar, no sólo a la ciencia, sino también al lenguaje y a las prácticas de la comunidad científica.

Sin embargo, en honor a la verdad, debemos decir que, en contra de lo que afirman sus detractores, Feyerabend nunca se declaró “enemigo de la ciencia”. Por el contrario, en sus *Tesis a favor del anarquismo*, reconoce el aporte revolucionario que desempeñó la ciencia en los inicios de la Modernidad, como defensa de las

ideas de la Ilustración y del proceso de secularización, al cuestionar la imagen religiosa de un universo inmutable, creado y ordenado por Dios en el cielo y dirigido por sus representantes, el clero y la nobleza, en la tierra:

Hasta cierto punto la fe en la ciencia está justificada por el papel verdaderamente revolucionario que desempeñó en los siglos XVI y XVII. Los anarquistas predicaban la destrucción y, mientras, los científicos rebatían por completo la imagen armónica del mundo de siglos anteriores, superaban un “saber” estéril, transformaban las condiciones sociales y conseguían ensamblar cada vez con mayor perfección los elementos de un saber nuevo acerca de lo que es al mismo tiempo verdadero y bueno para la humanidad. (Feyerabend, 1993, 9)

Es claro que Feyerabend nunca dice que la ciencia del siglo XVIII era progresista porque nos haya aproximado más a la “realidad”. Lo que Feyerabend dice es que la ciencia jugó un papel progresista porque los científicos de esa época tomaron partido por la revolución y el cambio, al manifestarse en contra del régimen feudal y autocrático, y en favor de la separación entre la Iglesia y el poder político.

Sin embargo, Feyerabend también denuncia que la situación ha cambiado radicalmente hoy en día, pues en la actualidad es imposible sostener que la ciencia juega el mismo papel que hace doscientos años. Feyerabend afirma que la pretensión de defender la ciencia actual refiriéndose a su lucha contra el oscurantismo religioso es, por lo menos, ingenua. La gran mayoría de los científicos en la actualidad no encuentran ninguna incompatibilidad entre el ejercicio de su profesión y su irracional creencia en un Dios omnipotente por múltiples razones, entre ellas, el hecho de que las mismas jerarquías religiosas, como es el caso de la Iglesia Católica, hayan convertido a la ciencia en uno de sus mejores aliados, y hoy aprueban muchas de las teorías científicas que antes fueron controversiales, tales como la teoría de la evolución. Ningún científico es excomulgado hoy en día por defender la teoría de Darwin.

Los científicos de la actualidad, no sólo ya no defienden la transformación de la sociedad y del poder político, sino que incluso conviven en estrecha alianza con este mismo poder y

están comprometidos con el mantenimiento del orden existente:

La ciencia del siglo XX ha renunciado a toda pretensión filosófica y ha pasado a ser un gran negocio. Ya no constituye una amenaza para la sociedad, sino que es uno de sus puntales más firmes. (Feyerabend, 1993, 10)

Es dudoso que exista alguien que pueda refutar tajantemente esta afirmación de Feyerabend. Que la ciencia es hoy en día uno de los mayores negocios para las grandes empresas transnacionales es algo fácil de constatar. Basta con ver las enormes ganancias que obtiene la industria farmacéutica por la invención de nuevas vacunas y nuevas medicinas, o la feroz competencia por clonar especies de animales para obtener jugosos dividendos de su comercialización. Eso sin hablar de los miles de científicos que laboran, directa o indirectamente, para la industria armamentista o, en otras palabras, de la ciencia y la tecnología al servicio de la muerte.

Otra de las razones por las cuales Feyerabend señala que la ciencia ha pasado a convertirse en un discurso inocuo para el poder político, es su alejamiento cada vez mayor de la comprensión del público no especializado.

Se levanta un muro entre el escritor y su lector, y no por falta de conocimiento, no porque no se sepa quién es el lector, sino simplemente para formular aseveraciones que estén de acuerdo con un determinado ideal de objetividad profesional. Y es este idioma feo y desarticulado el que aparece por doquier y asume las funciones de las descripciones más claras y sencillas. (Feyerabend, 1993, 36)

La ciencia cada vez se convierte más en un asunto de "expertos", los cuales manejan un lenguaje hermético e ininteligible para los "no iniciados", es decir, la gran mayoría de la gente común, quienes cada vez pierden más su interés por los debates actuales de la ciencia. Era infinitamente más sencillo —y apasionante— participar de la discusión entre geocentristas y heliocentristas, o entre creacionistas y evolucionistas, que tratar —casi siempre infructuosamente— de estar al día en las discusiones de la física actual sobre teoría de supercuerdas o teoría cuántica. El lenguaje de la ciencia se aleja cada vez más del "mundo de la

vida" para convertirse en un lenguaje técnico que es monopolio de unos cuantos especialistas.³

Feyerabend cita varios ejemplos para demostrar que el excesivo empeño en mantener el lenguaje científico "objetivo" puede llegar a extremos ridículos cuando se trata, por ejemplo, de hablar sobre la sexualidad humana, como en el caso del famoso tratado de sexología de Masters y Johnson (Feyerabend, 1993, 35-39).

Más que "enemigo de la ciencia", Feyerabend es una especie de escéptico de espíritu libertario cuya voz de protesta se eleva frente a lo que Marcuse denomina la unidimensionalidad del pensamiento occidental y su defensa de la Razón instrumental. No es entonces casual que su pensamiento haya generado tanta animadversión precisamente dentro de la comunidad científica, cuyos intereses actuales están muy lejos de los de los críticos científicos europeos del Siglo de las Luces.

Berman: la ciencia moderna y la historia oculta de Occidente

Morris Berman es un historiador de la ciencia cuya obra es poco conocida en nuestro medio. Al igual que Feyerabend, Berman critica el rumbo de la sociedad moderna y denuncia el lado siniestro que esconde el progreso científico.

Sin embargo, Berman va aún más allá que Feyerabend en su crítica de Occidente. A diferencia de Feyerabend, Berman considera que la crisis de la sociedad moderna es sólo la profundización de un proceso que viene atravesando Occidente desde hace más de dos mil años, cuya características fundamentales son la negación del cuerpo y la separación entre el Sí Mismo y el Otro.

Para explicar este fenómeno, Berman recurre a la formulación lacaniana del estadio del espejo, cuya importancia sería crucial, por ser el momento en el cual, al constituirse el yo, se establece la brutal separación entre el Sí Mismo y el Otro:

Jacques Lacan ha cubierto mucho del mismo territorio que Merleau-Ponty, siendo mucho más agresivo que otros psicólogos sobre lo que él considera la catástrofe de la brecha, o la división Sí Mismo/Otro. La consecuencia de esta división, dice, es que la estructura ontológica de la vida humana es paranoide (el Sí

Mismo puede ser invadido por el Otro) [...] Un ego es construido para empaparlar este brecha, haciéndola, en forma reprimida, la fuerza dinámica de nuestras vidas. En otras palabras, intentamos curar la falta básica identificándola con una imagen visual de nosotros mismos. Lo que la mayoría de los psicólogos estiman como un signo de salud, a saber, una fuerte estructura del ego, Lacan lo estima como síntoma de una psiquis perturbada. (Berman, 1992, 26)⁴

Esta separación se repite en toda la historia de Occidente de los últimos dos mil años. Berman hace un recorrido por lo que él denomina la “historia somática” de Occidente, dirigiendo su atención hacia aquellos momentos que significaron un cambio brusco en la relación de los seres humanos con su propio cuerpo y con la Otredad.

Veamos el caso de la Edad Media. Berman subraya que no es casual que, mientras por un lado el Medioevo europeo fue una época marcada por el desprecio hacia el cuerpo, por otro lado también fue un período de intolerancia religiosa, de persecución de todos aquellos que, de una u otra forma, representaban la Otredad (la bruja, el hereje), y de un exacerbado horror y un trato especialmente cruel hacia los animales, (especialmente hacia los gatos), percibidos como un Otro amenazante (Berman, 1992, 59).

Sin embargo, el paso del mundo medieval al mundo moderno no significó un cambio sustancial de esta relación. Por el contrario, la visión mecanicista cartesiana del mundo continuó y profundizó aún más esta separación:

Según el gran pensador mecanicista, René Descartes, los animales no eran otra cosa que autómatas, no sufrían más dolor que el que puede sufrir un reloj. Desde allí en adelante, la experimentación con animales vivos se extendió por toda Europa occidental. Si los animales no eran más que los relojes, su sufrimiento podía desecharse como simples ruidos, y así es como rutinariamente se les clavaba a mesas para vivisección o para ilustrar hechos anatómicos tales como la circulación sanguínea. (Berman, 1992, 69)

Pero lo más interesante al respecto es lo que sucede hoy en día. El siglo XX no sólo fue el siglo de las dos guerras mundiales y el de la invención de las armas nucleares, sino que también fue el siglo que institucionalizó la tortura

y el exterminio masivos de millones de animales en nombre del progreso científico:

Como señala [Peter] Singer, millones y millones de animales son torturados cada año en Estados Unidos y Europa dentro del marco de experimentos motivados nada más que por una curiosidad sin objetivos —es decir, experimentos que no tienen ni la más remota perspectiva de producir beneficios médicos o científicos—. Muchos más experimentos son llevados a cabo con propósitos comerciales, tales como ensayos de cosméticos o de colorantes para alimentos. Ambos tipos de experimentos son frecuentemente brutales, involucrando prolongados electroshocks, técnicas para enloquecer o deprimir a los animales, inanición, envenenamiento, sobrecalentamiento letal y mucho más. (Berman, 1992, 70)

Berman concluye diciendo que una sociedad que trata al animal-Otro como si fuera material de desecho, no es extraño que termine destruyéndose a sí misma:

El genocidio tipo línea-de-ensamblaje y el tratamiento del cuerpo humano como un espécimen médico son dos expresiones obvias de esto. Si es que el Otro no es más que papel borrador, por así decirlo, finalmente el Sí Mismo será considerado en forma similar. (Berman, 1992, 71).

Algunas de las consecuencias que según Berman está provocando el ensanchamiento cada vez mayor de la brecha existente entre el Sí Mismo y el Otro en las sociedades modernas son: Desequilibrio psicológico extremo, armamentismo, sadomasoquismo, “náusea”, locura, adicción, autodestrucción, incapacidad de ser nuestro propio cuerpo, y, finalmente, guerra nuclear —como “purificación” del mundo de la Otredad—, destrucción de las especies y suicidio colectivo (Berman, 1992, 86).⁵

Conclusiones

Vivimos una época angustiante. Contrario a lo que muchos esperaban, el final de la Guerra Fría, y con ella de la confrontación Este-Oeste, no significó que el mundo se hiciera más estable. Muy por el contrario, nunca como hoy el futuro de la humanidad ha sido tan incierto.

La gran interrogante que Freud lanza a la civilización moderna en *El malestar en la cultura*

sigue siendo vigente: Es cierto que los avances en la medicina y en la salud pública han alargado nuestra esperanza de vida, pero ¿es que acaso nos han hecho más felices?

Es evidente que no podemos medir el grado de felicidad que produce una cultura del mismo modo como medimos sus indicadores económicos —aunque muchos defensores del libre mercado parecen creer que ambos son equivalentes—.

Paul Feyerabend y Morris Berman nos alertan del peligro del fundamentalismo científico, tan peligroso como cualquier otro fundamentalismo. Los científicos son seres tan falibles y tan vulnerables como cualquier otro. ¿Por qué debemos permitir que tomen la mayor parte de las decisiones que afectan nuestra existencia sin consultarnos?

Las mayores atrocidades cometidas durante el siglo pasado, desde Auschwitz hasta Hiroshima, fueron posibles gracias a la complicidad de muchos “expertos” y a la labor de una burocracia “eficiente”. Sólo esto debería ser razón suficiente para desconfiar de ellos y exigir un mayor control de sus acciones.

Feyerabend y Berman advierten que es necesario dar un cambio radical al rumbo de nuestras sociedades si queremos garantizar la viabilidad de la existencia humana en un futuro cercano. Es demasiado lo que está en juego para correr el riesgo de no hacerlo...

Notas

1. Esta ponencia es una respuesta al artículo de Luis Camacho titulado “Las voces de la resistencia:

reacciones contra el relativismo en epistemología y filosofía de la ciencia” (*Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, Vol. XL, Núm. 100, enero-junio, 2002, pp. 29-35).

2. Por obvias razones de espacio, la descripción que hacemos del pensamiento de estos autores es necesariamente limitada.
3. Lo mismo podemos decir en relación con el lenguaje filosófico, pero esa es otra discusión.
4. Sobre la formulación lacaniana del estadio del espejo como constituyente de la subjetividad, cf. mi trabajo anterior sobre Lacan (Espinoza, 2003).
5. Berman incluso bosqueja un cuadro esquemático apocalíptico, y lo denomina *Por qué terminó el mundo moderno*. (Berman, 1992, 86)

Bibliografía

- Berman, Morris. (1992) *Cuerpo y espíritu. La historia oculta de Occidente* (Trad. Renato Valenzuela). Santiago: Cuatro Vientos.
- Espinoza, Jerry. (2003) *La teoría lacaniana de los cuatro discursos: implicaciones filosófico-políticas y epistemológicas*. Tesis para optar al grado de Licenciatura en Filosofía. San José: Universidad de Costa Rica.
- Feyerabend, Paul. (1993) *¿Por qué no Platón?* (Trad. María Asunción Albisu Aparicio, 2ª ed.). Madrid: Tecnos.
- _____. (1999) *Ambigüedad y armonía* (Trad. Antoni Beltrán y José Romo). Barcelona: Paidós.
- Freud, Sigmund (1997) *El malestar en la cultura*, en *Obras completas* (Trad. de José Etcheverry). Buenos Aires: Amorrortu.